

Ars memoriae

Avanza el tiempo, corre, el tiempo fluente, "tiempo propiamente humano". Quisiéramos cortar esa sangría del tiempo, refinando tal vez nuestra capacidad de retener lo que huye, recordando lo que se nos escapa. La sujeción a la vida parece reclamar un *ars memoriae*, una depuración artística del arte de memorar. Mnemósine, la Memoria, madre de las musas, y la música, arte por antonomasia, puesto que les da nombre, de las nueve hijas de Zeus. Decía Lévi-Strauss que "la música necesita del tiempo sólo para que se le inflija un mentís", que la música es fluencia congelada y que, por tanto, al escuchar música, mientras la escuchamos, accedemos a una suerte de inmortalidad. La música, tónico de la memoria.

María Zambrano nos ha enseñado que la experiencia de la escucha es en muchos aspectos semejante a la de soñar. Sirviéndose de un lenguaje cargado de referencias científicas, evocando, sin nombrarlos, algunos principios de la teoría de la relatividad como el de "dilatación gravitacional del tiempo" (cuanto mayor es la distorsión local del espacio-tiempo debido a la gravedad, más lentamente transcurre el tiempo), Zambrano habló de la derrota de la temporalidad. Una victoria del hombre -bien que intermitente, esporádica y huidiza-, pero victoria al fin. Los sueños son "el lugar donde la gravedad vence al tiempo", escribe Zambrano, y se nos antoja a nosotros que esa derrota o suspensión del tiempo la procura la música más hermosamente, pues lo hace sin recurrir a la asfixia de eso que pasa y fluye. En los sueños el tiempo es compacto e inmóvil, es decir, no es: los sueños son el reino de la atemporalidad. En el mejor de los casos, el tiempo de los sueños sólo está dispuesto a admitir el oxímoron de presentarse como "la inmovilidad de un movimiento", la atemporalidad que florece en los eclipses de nuestro cuerpo fisiológico. Mas la música, aun trascendiendo el tiempo, aun venciendo al organizarlo y transferirlo en unidad sincrónica, como forma y arquitectura de los instantes, lo hace sin lastimar el corazón de ese *chronos* que es como la iteración de un pulso que sostiene a la vida.

El corazón es la víscera musical por antonomasia. Los maestros del Renacimiento, que no conocían nuestro algo rígido y pedestre concepto de "compás", hablaban de *tactus*, el pulso básico, unidad de medida, y lo comparaban al latido del corazón de un hombre sano en estado de reposo. Ese símil escondía una hermosa intuición: el tiempo musical, poroso a las vicisitudes de lo vivo, y que sin embargo no renuncia a un ideal de armonía indeclinable. **Francisco Martínez González**

paradigma - 32

Coreografía para una desobediencia

Cayeron varias hojas al suelo. Cesó el tiempo y su agonía. Cayeron las hojas y la trayectoria dibujó sobre el aire, una coreografía que me recordó a la danza existencialista de Martha Graham, su búsqueda de la realidad a través de unos cuerpos sin extremidades, y de extremidades sin cuerpo. La caída-impulso susurró algunas palabras que pude anotar en una servilleta. Recordé, entonces, a Onetti "Dejemos hablar al viento". Y es que el viento suena como una pieza de Ludovico Einaudi, libre y poderoso; como las palabras que Luis Sepúlveda reclama como motor para una libertad, "Silencio y tiempo. Tiempo y silencio". Hay muchas libertades: individuales y colectivas, compartidas, adulteradas y a medias. Libertades como colores. Como los cafés de Málaga.

Pedí un *mitad doble* y sobre la mesa depositaron una revista. Levanté la mirada pero el camarero se había ido, el bar se había ido. La plaza y la compañía. Cogí la revista e inicié mi camino entre lo desconocido, hasta que algo golpeó mi cabeza (en la nada y desde la nada algo se creaba...). Eran palabras de una coreógrafa del Yo y sus profundidades, de la poesía desnuda. Del vértigo ante la vida. "Dejé el hilo fuera. Para sentir el peso. Para sopesar". Y al sentirme, tan pesada como liviana, y al dejarme como un hilo cayendo frágil, rompiendo el horizonte, pude ver esa otra realidad que, como la libertad, sólo nos dejan disfrutar a medias. Sentirme. Da igual cómo. Sentir. Obedecer a mi experiencia. Recordar las palabras de Thoreau para afianzar la intermitente felicidad: "Creo que debiéramos ser primero hombres y después súbditos. La única obligación que tengo que asumir es la de hacer en todo momento lo que crea justo".

Una mano sobre mi hombro. Desorden de gente, ruido y tazas. Calles que hablan. Escaparates, espectadores. Coreografía para una cotidianidad.

Cristina Consuegra